

Vasos comunicantes y objetos mágicos en seis visiones

Azares del cuerpo

MARÍA OSPINA PIZANO

Laguna Libros, Bogotá, 2017, 160 pp.

EN EL difícil territorio del cuento, donde la exactitud del lenguaje conduce a la precisión del tema, los relatos agrupados bajo el título *Azares del cuerpo* logran coherencia gracias a la transversalidad implícita que se recalca desde el título: el cuerpo. El cuerpo de mujer. En esta dirección, la autora, María Ospina Pizano —siempre oculta y cuidadosa de no romper la ficción con saltos metaliterarios—, avanza en la exploración de los cambios, mínimos o dramáticos, de un cuerpo de mujer. Por ejemplo, en “Policarpa”, una guerrillera fugitiva que se reinserta a la vida civil somatiza sus traumas en el estómago, de manera que convierte su cuerpo en nuevo campo donde batallar su destino; mientras en “Ocasión”, una niña muestra su inconformidad al obsesionarse con comer tierra. El deseo sexual se presenta en “Salvación de señoritas”, donde una mujer se encapricha con una estudiante de colegio de monjas que asoma a la adolescencia; y la vejez, presentida la muerte, se encuentra en el relato que da nombre al conjunto.

Más allá de este acercamiento inicial se encuentran otros vasos comunicantes, que logran entretener con mayor firmeza unos relatos con otros. Algunos de estos hilos conductores son facilitados por la trama y los cruces en una gran ciudad, con las calles de Bogotá entre estos canales de circulación de un texto y otro. También sus cañerías (como lo fueran en el París de Cortázar), las aduanas, las náuseas, el embarazo o los parásitos (lombrices, pulgas). En el cuarto relato, “Fauna de las eras”, una mujer escribe un diario donde pormenoriza la forma en que las pulgas colonizan sus sábanas y su cuerpo. Aunque el tema remita al inolvidable cuento “El almohadón de plumas” de Quiroga, el huésped aquí entabla una lucha con el animal —los animales, resistentes a la fumigación—, consciente de las breves transformaciones, más que incomodidades, a las que

lo someten las picaduras: “Letárgico ha sido, pero eficiente, el retorno de las pulgas a mi vida. La semana pasada encontré dos ronchas sobre el tobillo, pegaditas, como si la pulga hubiera chupado sangre, caminado la distancia de unos pelos, y se hubiera dado cuenta de que necesitaba más antes de su siesta” (p. 99); hasta hacer un inventario de las partes afectadas, el número de picaduras, la intensidad de la “rasquiña” y observaciones como cuál pie prefieren (p. 101).

Otras líneas de convergencia resultan más sutiles, y se explican en detalles que alimentan los seis cuentos y que quizás provengan —¿de qué otra manera podría explicarse?— de las obsesiones de la autora, que aprovecha a sus personajes para hacer meticulosas descripciones de objetos que son, en realidad, ejes gravitatorios de las vidas de otros. Muñecas y tijeras pueblan dos de las narraciones sostenidas en esas fascinaciones. Las muñecas antiguas, su artesanía y desaparición, en “Collateral Beauty”, enaltecidas por coleccionistas sentimentales de los que nada queda por los anhelos de las generaciones posteriores, aun cuando estas hayan heredado ese conocimiento de los abuelos y padres. Conocen el valor, atribuido por lo emocional, y también cuán efímero puede ser. “Sacó las seis muñecas antiguas de sus bolsas alistándolas para la vieja elegante que las había internado al comienzo de la semana solicitando diversas cirugías. Aun desnudas todas transpiraban una dignidad esculpida por las décadas. Aun sin los vestidos almidonados de falla, lamé y encaje, sin los zapatos de terciopelo y lino con los que habían llegado, portaban sus costuras y sus uniones con suficiente vitalidad y orgullo” (p. 110).

No debe ser casual tampoco que en dos de los seis relatos aparezcan libros inconclusos, empezados y desechados por sus protagonistas, tal vez como reflejo de intentos narrativos previos de una autora que presenta su primer libro de cuentos. En “Policarpa” aparece un libro de memorias dictado por la guerrillera y en “Salvación de señoritas” una novela escrita por la mujer obsesionada con la alumna púber, y el primero acaba a medias cuando ella se niega a proseguir la relación con la editorial, y el otro en la

papelera del ordenador. “Estando ya en su casa sosegada, Aurora prendió el computador y echó la novela vieja a la papelera (aunque dudó que eso fuera igual de contundente que botar algo en el basurero real)” (p. 95). En el segundo caso, poco se conoce de la obra, pero en el primero la autora se encarga de mostrar la trastienda del trabajo de edición, en el que se borra, con la ayuda y el rastreo del Word y su control de cambios, la oralidad de la voz de la guerrillera para adecuarla a una idea prefijada de correcta escritura, y con esa misma facilidad para cambiar el lenguaje se termina también trastocando el sentido y la veracidad de la historia: “Doctora, lo de las serpientes es mentira. ¿Usted añadió eso? Nos mandaron a buscar pescado porque llevábamos muchas semanas de puro arroz” (p. 21), le dice Marcela a la editora. Hasta el punto de despojar de honestidad a la relatora: “Al tercer día decidí comerme dos larvas grandes que encontré en un hueco de un tronco de árbol (...). Marcela se siente victoriosa con la veracidad de su mentira” (p. 27). Un juego de voces que después se verá también en las cartas de la estudiante, o de un obseso de las muñecas que quiere revestir un altar católico con profanas reliquias.

Aunque el alto nivel de los relatos se mantiene, así como la tensión narrativa, la profundidad de los personajes y una técnica depurada, vale la pena detenerse en este primer cuento, “Policarpa”, donde se condensan las virtudes de Ospina Pizano. Una ambiciosa carta de presentación en la que, sin embargo, existe un abuso del gerundio, como en el resto de cuentos, por una transposición del estilo anglosajón al español. En el cuento, Marcela, chica de pueblo de familia tradicional, se une por propia voluntad a la guerrilla y milita allí durante años. Deserta de la “travesía” y aprovecha las facilidades que le otorga el Estado colombiano para reinsertarse a la vida civil: vida en una ciudad por primera vez y trabajo en un hipermercado, con terapia de grupo y la posibilidad de comerciar sus memorias. Poco a poco, a medida que se desgrana la cotidianidad de Marcela, sus intentos por hacer amistades y volver a contactar a su familia, también se narra la rutina del soldado en la selva bajo el mando de la gue-

rrilla, y gracias al contraste de las dos versiones, la transcrita y la editada, se muestra la “idea” que de esa vida tienen los civiles de la capital. Hambre, secuestros, pérdidas. Constantes pérdidas. El miedo y el recelo, el desgaste y la culpabilidad (“pues es que yo sabía que me haría hartísimo daño ver así de cerca el dolor de un retenido”, p. 30), que alteran el organismo hasta el punto de interferir sus funciones.

En esta narración existe otra de las virtudes de esta escritora: el hallazgo detrás de la fachada, sea de ladrillo o de carne. La apariencia de la guerrillera y del Carrefour que la acoge, o la del hogar del siguiente cuento, coprotagonizado por Zenaida, la hermana de Marcela, años antes, cuando aprende a escribir gracias a la mujer que la emplea en labores domésticas. Un retrato de la ruptura social: “A varias (muñecas) las salvé de las de carne y hueso cuando no sabían qué más hacer con ellas y se las iban a heredar a las muchachas del servicio” (p. 113). O cuando una mujer de clase acomodada, recién llegada de Nueva York, mira desde su ventana los “hogares de paz”, “albergues colectivos de antiguos paramilitares y guerrilleros que habían decidido dejar los uniformes, las armas y las órdenes militares de otros tipos, en otras montañas” (p. 73), como Marcela, en una vuelta más de la unidad de estos relatos y sus lecturas. Así esta literatura urde sus interlineados.

De entre esas arterias, la que mejor cohesiona estos relatos, más que el cuerpo señalado desde el título, o la inquietud de mostrar una variada cosmogonía femenina en Bogotá, es una que permanece escondida: la migración, en sus distintas vertientes. Fronterizas e íntimas. Las del viaje exterior y las introspectivas. Aunque algunas veces unas se mezclen con otras, en una huida, en una búsqueda. En la incertidumbre. De Bogotá a Nueva York (periplo ya emprendido por Ospina Pizano), de la guerra a la paz, del campo a la ciudad, de la juventud a la madurez y sus retornos mentales, de caerse a levantarse, de Nueva York a Bogotá, en las aventuras de ida y vuelta.

Doménico Chiappe